

CUANDO REINABA SU MAJESTAD EL AZÚCAR, ENTREVISTA CON ROLAND T. ELY

Pablo A. Maríñez

La siguiente entrevista fue realizada en Acapulco, México, en marzo de 1993, durante la XXXIV Convención Anual de la Asociación de Estudios Internacionales, ISA. Más de un año después, en Mérida, Yucatán, me volví a reunir con Roland Ely con motivo de la celebración de la XX Conferencia Anual de Caribbean Studies Association, CSA, en México, en mayo de 1994, y en esa oportunidad el Dr. Ely tuvo la amabilidad de revisar la transcripción de la entrevista, como habíamos acordado al momento de realizarla.

Cuba es uno de los países del Caribe que cuenta con una de las más amplias y ricas producciones bibliográficas sobre economía de plantación azucarera. Cabe destacar *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, publicado originalmente en 1927; *Azúcar y abolición*, de Raúl Cepero Bonilla, de 1948; y *El ingenio*, de Manuel Moreno Fragnals, de 1964, que se han convertido en clásicos no sólo para la historiografía cubana, sino para la del Caribe en general. Cuando reinaba su majestad el azúcar, (*Estudio histórico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba. Origen y evolución del proceso*), fue publicada por Editorial Sudamericana, de Buenos

Aires, en 1963 (872 pp.), y ocupa un lugar no menos destacado en dicha historiografía. Sin embargo, Roland T. Ely, su autor, es el único de los investigadores señalados que no es cubano, (norteamericano, oriundo de Philadelphia), pero que por diversas razones, incluso familiares, mantuvo estrechos vínculos con Cuba, lo que le permitió tener acceso a fuentes documentales en la misma Cuba, pero fundamentalmente en archivos de Estados Unidos, que ningún otro investigador cubano de la época había tenido.

— *Dr. Roland Ely, estamos muy interesados en conocer el contexto en que se produjo la investigación que dio como resultado el libro Cuando reinaba su majestad el azúcar, que consideramos una obra clásica sobre economía de plantación azucarera en el Caribe. ¿Cuáles fueron las motivaciones que tuvo usted para realizar dicha investigación?*

En primer término, la familia de mi padre tenía raíces en Cuba, desde los años 1820. El cuñado de mi tatarabuelo —todos eran cuáqueros en esa época, que habían llegado a Pennsylvania y New Jersey, en tiempos de Guillermo Penn, en el siglo XVII—, era médico pero no pudo llevar una vida como él esperaba en Philadelphia, alrededor de 1820, y se metió a trabajar para el ejército norteamericano, que no era gran cosa para esa época, pero ese acto de meterse en el ejército le costó la expulsión de los cuáqueros, porque estos eran pacifistas, y estaban en contra de la esclavitud. Por esta razón él se fue a Santiago de Cuba, pues alguien le había dicho que faltaban médicos, pero llegó y no pudo ganarse la vida como médico, por lo que empezó a cultivar café.

—*¿En qué año fue esto?*

Creo que fue en 1828. El cuñado de mi tatarabuelo, a quien me estoy refiriendo, se llamaba Richard Wilson; yo tengo algunos libros de él con su dedicatoria, con encuadernación de cuero. Su hermana, Sarah, se casó con Elias Ely, mi tatarabuelo, cuyo cuadro al óleo también tengo en mi casa, con su certificado de matrimonio, cuáquero. Richard se casó con una cubana criolla, y por supuesto sus hijos fueron católicos. Así creó una familia y fue progresando en el cultivo del café, y a través de los contactos de la esposa se metió en el negocio

del azúcar, donde prosperó enormemente, porque recibió la herencia de su papá, también médico cuáquero, que había hecho fortuna construyendo canales en el estado de Pennsylvania. Eso fue antes de los ferrocarriles. La herencia que recibió Richard fue de unos cien mil dólares, que era mucho dinero en esa época, con lo que construyó un ingenio, con la última tecnología francesa y británica, para los años 1830 y principios del 40.

—¿Cómo se llamaba el ingenio?

No recuerdo el nombre del ingenio, pero mis parientes incluso tienen un cuadro del ingenio. Esto era cerca de Santiago de Cuba. Todavía hay una loma de Wilson, donde los españoles ejecutaban a los patriotas en la guerra de los Diez Años, de 1868 a 1878. Bien, el hijo de Wilson, Augusto Wilson, según los cuadros al óleo que conocemos, parecía más criollo que cuáquero; era muy oscuro, pelo negro y muy flaco. La nieta de Richard Wilson era la generación de mi abuelo. Yo conocí a uno de ellos, el Dr. Richard ("Tío Dick") Wilson, que era soltero, un poco excéntrico; nunca se casó. El murió en los años 50, pero lo conocí cuando estaba escribiendo la historia de la familia, en inglés y en español; tenía libros enormes. Estaba copiando unos manuscritos que nunca fueron publicados. Eso despertó mi interés, en los últimos años de los cuarenta, cuando yo visitaba a Cuba. Así, Wilson fue el eslabón con el pasado. Mi tía, que vivía en Jamaica durante los años 30, fue varias veces a Cuba. Fue conveniente para la familia en Cuba mantener relaciones con nosotros en Estados Unidos, porque mi abuelo, el papá de mi papá, era banquero, y esto le permitía invertir dinero contra tormentas futuras. Los Wilson fueron arruinados durante la Guerra de los Diez Años en Cuba. Los patriotas destruyeron el ingenio, por lo que los esclavos fueron vendidos a la familia Brooks. Yo tuve suficiente información para escribir un capítulo aparte sobre la familia Brooks de Santiago, pero esto me hubiera tomado seis meses más de investigación, por lo que abandoné la idea y pasé todos esos materiales a Manuel Moreno Fraginals. Todas las cosas que conseguí de la familia Brooks, de sus descendientes de Estados Unidos y de Inglaterra, todos los tiene Manolo. Brooks fue el hacendado más importante en la zona de Santiago y Guantánamo. El era hijo de un inglés que intentó asesinar a Jorge III, el rey de Inglate-

rra. Era aparentemente demente, pues salió de una muchedumbre y trató de pasar un cuchillo por la barriga del rey, pero era un cuchillo de plata, por lo que se dobló, y apenas rasgó un poco el chaleco del rey, que se rió mucho, y lo tomó como una broma. Así que lo mandaron al manicomio en vez de matarlo. Pero Brooks, el hijo, comenzó con casi nada, era un hombre muy duro. Como los Drake de la Habana, que hicieron mucho más plata, primero como comerciantes y luego como hacendados.

Así, el ver a mi familia metida en esto de reconstruir su propia historia, despertó mi primer interés por Cuba. En ese entonces yo estaba en el último año de la Universidad de Princeton, en New Jersey. Después de la Segunda Guerra Mundial regresé para terminar mi último año en Princeton. Más tarde me presentaron a Emilio Roig de Leuchsenring, veterano de la guerra contra España, capitán que estaba encargado de los archivos nacionales, para que me interesara en temas que no me parecieran tan originales. Pero luego, cuando hacía mi posgrado en Harvard, el profesor Robert G. Albion —bien conocido en Princeton, que había dirigido mi tesis de licenciatura, con la que me gané el premio de historia política de Princeton— me sugirió que debía de consultar una colección enorme de un comerciante y banquero newyorkino del siglo pasado, Moses Taylor. Estos documentos estaban en el sótano de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la calle 42 y la 5ta. Avenida. Toda la historia de esto está en el prefacio de mi libro, por lo que no vale la pena extenderme al respecto. Al ordenar la colección vi una cantidad enorme de correspondencia de sus clientes en Cuba, que eran de la crema de la crema de los hacendados de esa época. Incluso siguiendo la expansión de lugares como Matanzas, Cárdenas, Sagua La Grande, y otras de la zona de Cienfuegos, porque ya Trinidad estaba en decadencia, como lugar viejo. Y también cartas de Brooks y otros que construyeron el primer ferrocarril en La Habana, que si la memoria no me falla, se trataba de un ferrocarril que unía la costa norte con Batabanó al sur de la Isla. Eran materiales de los años 1820 a 1830, que nadie había tocado, excepto para robar las estampillas; y aunque me costó como tres años ordenar los materiales, creo que valió la pena. Gracias a mi familia en Cuba recibí ayuda de la generación de mi padre, me ayudaron con descendientes de estos hacendados y comerciantes del siglo pasado,

como Tomas Terry en Cienfuegos, o tipos como los Pedroso, que eran hacendados importantes, con documentos en su poder y hasta retratos. Eso me llevó a muchas aventuras, cosas pintorescas o picarescas, por lo que la parte cubana empezó a ser mucho más importante que la de Nueva York, y me permitió ensanchar el trabajo. Por ejemplo, la primera parte del libro "La economía cubana entre las dos isabeles", cubre tres siglos o más. Eso fue publicado en La Habana por Librería Martí en 1959, con reimpresión en 1960. Ese libro tiene el prólogo de Julio Le Riverend. Hay una tercera edición en Bogotá. La parte sobre Cienfuegos y Terry, la mayor parte se llama "comerciantes cubanos del siglo XIX," a base de mi trabajo durante un invierno en la vieja oficina de Terry por los muelles de Cienfuegos, documentos que nadie había tocado durante cerca de 80 años. Esto fue publicado como otro libro, por la librería Martí en 1960, con dos ediciones ese mismo año, y una tercera edición en Bogotá, en 1961 o 1962, con prefacio de Ramiro Guerra. El hijo de Ramiro Guerra fue muy amigo de la esposa de un pariente mío, Feliciano Villalón y Wilson de Menolcar. Por ellos conocí a Ramiro. Todavía tengo fotos de él con su dedicatoria.

— *¿Cuando usted inició la investigación, qué autores y otras conocía en ese momento sobre economía de plantación en el Caribe, y cuál de ellas había influido más en usted?*

Conocía la obra de Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, pero había otros autores que también influyeron en mí. El que me inspiró mucho, más que nadie, fue el libro de Gilberto Freyre, *Casa Grande y Senzala*, que debió de haberle llamado "Azúcar y sexo". Yo digo que no pude ser el Gilberto Freyre de Cuba, ni tuve la oportunidad como él en Brasil, pero traté de seguir un poco esa línea, el estudio de la "casa grande y la senzala", con casos reales, específicos. Sí, a Freyre lo había leído en mi licenciatura, en una asignatura sobre América Latina, en Princeton, y después en Harvard tomé un curso sobre América Latina y profundicé más en Brasil. El profesor Clarence Har- ring, que impartía el curso, había publicado un libro muy interesante sobre este país.

Pero más allá de la bibliografía que yo conociera, mi interés por Cuba, o, vamos, por el Caribe, estaba relacionado, además de lo que

ya le he señalado, con el hecho de que la familia del papá de mi mamá era de Barbados; se había radicado en Barbados en los primeros años del siglo XVII, en 1630 o 1640, pero no como hacendados. Ellos llegaron como pequeños granjeros, esa gente no tenía esclavos. Pero después, por matrimonio, se ligaron a dos de las familias más poderosas de la Isla, como los Holder y los Alleyne. Los dos padres, la mamá y el papá de mi abuelo Taylor, nacieron y fueron criados en Barbados; mi bisabuelo fue llevado a Philadelphia en 1840. Esa es la línea de mi tatarabuelo, de quien tengo un retrato al óleo. Todavía tengo parientes en Barbados, que vi por última vez en 1979. Entre otros, una se casó con Maurice Care, de la familia que son propietarios de Care Shephard, la tienda más grande de Bridgetown, en Barbados. Bueno, la cuestión es que por la línea de mi mamá, en Barbados, tenía antepasados que habían sido hacendados, pero no en la escala de Cuba. En Cuba no fueron antepasados míos, sino una línea paralela. En Barbados sí, soy descendiente de allí. En Cuba no, fue el cuñado de mi tatarabuelo el que se fue a Cuba.

— *Bueno, pero en términos de autores y obras...*

En cuanto a la obra de Pares, que salió en los últimos años de la década de los 40, o principios de los 50, todavía tengo ese libro. Además, había otro sobre la historia de la industria azucarera de Cuba, y por supuesto *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra. También estaban Friedlander y tres o cuatro más, cuyos nombres se me escapan. Pero todos ellos aparecen en la bibliografía crítica del libro, de la cual he recibido muchos comentarios. Había trabajos del siglo XIX muy interesantes, pero fue Ramiro Guerra quien despertó en mí más interés por la esclavitud, pues yo no tenía tanto interés en la esclavitud como en la hacienda y en la economía azucarera. La esclavitud fue muy importante, como lo plantea Williams, pero los trabajos de Ramiro Guerra tenían más alcance para mis intereses. Ah!, también había conocido en los años 30 en Jamaica, donde vivía mi tía, la hermana de mi papá, y había visto las ruinas —no tan ruinas, pues algunos estaban en muy buenas condiciones— de las casas grandes de ingenios jamaicanos, incluso el famoso tren jamaicano que fue importado a Cuba desde Jamaica, a fines del siglo XVIII, con las calderas en línea, muy primitivo al lado del que desarrollaron

los cubanos para 1850 y 1860. Yo no creo que en Cuba mataron tantos esclavos como en Jamaica. Yo leí que en Jamaica habían matado como 50 mil o más; el problema es que los esclavistas eran ausentistas, vivían en Inglaterra y dejaban los ingenios en manos de administradores, tipos muy duros. Mientras que en Cuba había ausentismo, pero los esclavistas vivían en La Habana o en las ciudades —más que en España, eso vino después con sus hijos.

Pero volviendo a lo de los libros y autores que me interesaron e influyeron en mí. No olvidemos que tenemos elementos románticos, mucho más exóticos en Cuba que en otros lugares. Del profesor Samuel Eliot Morrison, que ganó dos premios Pulitzer, yo fui su ayudante de cátedra y él trató de interesarme por James Logan, que fue secretario privado administrador de Guillermo Penn, en Pennsylvania, cuando Penn volvió a Inglaterra. Pero, para mí, todo aquello me pareció algo aburrido, investigar sobre los cuáqueros, en el lugar donde yo me había criado. Mientras que en Cuba habían muchos elementos, repito, exóticos y románticos. Además, yo tenía en ese entonces algunos vicios sobre los que he renunciado. Me gustaba mucho fumar buenos tabacos, y puros, y también tomar cerveza, y la cerveza Hatuey era excelente; también había buenos coñacs y brandys españoles. Bueno, para ser honesto, considero que la mujer cubana, por lo menos para esa época, tenía mejor rostro que la de cualquier otro país latinoamericano, aunque tenía la tendencia a engordar. También me gustaba la música cubana —bueno, siempre me gustó la música latinoamericana— y el contacto con los primos de cuarto grado de mi propia generación, de ambos sexos, me facilitaba relaciones sociales, y hasta aprender a bailar rumba sobre una mesa redonda y pequeña en un bar, sin caerme, por supuesto. En fin, cosas que hoy día podrían parecer estúpidas, pero esos eran aspectos importantes para mí porque hacían que uno se interesara más por Cuba. Además, yo tuve la oportunidad de viajar por toda la Isla y hacer contactos con gente como Julio Lobo, el hombre más rico de este siglo en Cuba. Tenía 80 millones de dólares en 1958, según un artículo de la revista *Fortune* de New York sobre él. En términos de poder adquisitivo de hoy esos serían más de 500 millones de dólares, que tenía con sus 14 ingenios; esto le permitía controlar la venta de la mitad de la zafra de azúcar de Cuba, y la tercera parte de Puerto Rico. Para mis investigaciones él

me dio muchas facilidades, hasta una avioneta y piloto particular, para lo cual usaba sus centrales azucareros como base.

— *¿Usted llegó a tener mucha amistad con la familia Lobo?*

Bueno, Julio Lobo tenía ganas de escribir un libro, o usar un libro manuscrito por otro, para ponerle su nombre, pues él usaba sus ingenios para darse categoría social, aunque tenía millones de dólares. La verdad es que sus ingenios no eran tan lucrativos tampoco; los inversionistas norteamericanos más astutos vendieron sus centrales azucareros en Cuba pronto, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios todavía estaban más o menos altos. Pero Lobo lo que hacía era comprar más ingenios y hubiera comprado más si la gente le hubiera vendido. La cuestión es que algunos no querían hacerlo por razones sentimentales, como la familia Atkins de Clafin, de Boston. La familia Atkins había recibido el ingenio Soledad en los años 1880 por deudas, y después de tres generaciones no quería perderlo. No necesitaba dinero, lo tenía de otras fuentes, como el comercio en Cuba y ferrocarriles en Estados Unidos. La verdad es que solo por razones sentimentales podían querer tener un ingenio, pues tenían mucho dinero; incluso dieron terreno para el Jardín Botánico de Harvard, en el ingenio Soledad. Todos eran egresados de Harvard. Bueno, la cuestión es que Julio Lobo quiso comprarle ese ingenio a ellos, y la familia Atkins de Clafin se burló de Lobo. Le dijo que él no tenía dinero para pagarle lo que ellos le pedirían, y que además, ellos no necesitaban dinero. Bien, yo conocí a Lobo por mis investigaciones y los contactos sociales de mis parientes, por lo que él vio la oportunidad de aprovechar partes del trabajo para su propio uso, según su secretaria privada, Anita. De todas maneras, Fidel Castro hizo que eso fuera imposible, y Julio Lobo tuvo que huir a España. La verdad es que él me ayudó mucho en mi trabajo y yo lo reconozco en el prefacio del libro. Yo no sé si de veras iba a aprovechar mi trabajo o no, el hombre era muy ocupado con sus propios asuntos, y no veo como iba a sacar el tiempo. Hay gente que paga a otros para colaborar y luego su nombre viene primero o el nombre del autor fantasma ni aparece. Pero en honor a la verdad, Julio Lobo nunca me habló de ser autor fantasma. Fue más una cuestión de colaborar, porque él dijo que iba a escribir un trabajo algún día, pero ese momento nunca

llegó. Así fue como lo conocí a él, y me trató de una manera muy generosa, tal vez para seguir colaborando conmigo o tal vez porque me consideró un joven serio, ya que tenía razones muy particulares para tenerme confianza, como fueron los del incidente en el ingenio Cabo Cruz.

— *Una vez que usted termina la investigación y publica su libro en la Editorial Sudamericana, en 1963, hacen ya treinta años, ¿qué repercusión considera usted que ha tenido la obra? cuál es la biografía de la misma?*

Cuando reinaba su majestad el azúcar, en realidad es una obra única en su género, porque tuve acceso a ciertos materiales y oportunidades que no ha tenido nadie desde esa época. Incluso Moreno Fragnals no tuvo acceso a materiales que yo consulté. Es una obra de consulta obligatoria. Muchas personas han minado ese trabajo como cantera, sobre todo por la bibliografía crítica que tiene. El libro también tuvo muy buena acogida en Brasil.

— *Después de la publicación en Editorial Sudamericana de Buenos Aires, ¿qué otras ediciones ha tenido el libro? ¿Se han hecho traducciones?*

Nada, nada, nada. Se habló de una edición en inglés, pero nunca tuve tiempo para ocuparme de ello. La verdad es que no me interesó la propuesta, pues yo había hecho lo que quería, y por eso lo publiqué en español. Cuba pertenece a América Latina y si alguien en Estados Unidos o en Europa quiere conocer el contenido, que lea en español. Ahora sí, si no tuviera otra cosa que hacer, podría hacerlo, pero la verdad es que en estos momentos tengo más interés en la Cuba contemporánea que en la Cuba colonial, hace unos años estuve en Cuba en dos congresos, donde presenté trabajos sobre temas actuales. Más aún, el trabajo que actualmente tengo en la Universidad no se presta, necesariamente, a ese tipo de investigación. Además, yo tengo más de veinte años trabajando cuestiones de ciencias políticas, y es dentro de este tipo de investigación que estoy interesado ahora.

— *Bien, pero tengo entendido que la obra le había abierto las puertas en América Latina.*

Claro que sí. Primero vino la visita que me hizo Fidel Castro en la casa de mi primera esposa, en abril de 1959, en Princeton, New Jersey. Yo estaba enseñando en el Departamento de Economía en la Universidad de Rutgers, 18 millas al norte de Princeton. Pero no entremos en detalles. Puedo mandarte los recortes y fotos de la prensa de la época. La cuestión es que con ese aval de la visita de Castro me llegaron diversas invitaciones, las primeras fueron de las embajadas latinoamericanas, de representantes de Naciones Unidas, de delegaciones latinoamericanas, entre otras. La cuestión es que ese hecho me abrió muchas puertas, pues lo que decían era que si yo había sido el anfitrión de Castro, si él se había alojado en mi casa para pasar la noche, si se quedó dos días en mi casa, entonces yo debía de ser una persona interesante.

— *Pero usted todavía no había publicado su libro...*

No. Todavía estaba trabajando en la investigación, eso fue en 1959.

— *¿Y de qué lo conocía Fidel Castro a usted entonces?*

Por estos mismos parientes de que ya le he hablado. Dos de los muchachos de mi generación habían estado colaborando clandestinamente con él, en contra de Batista. Uno de ellos salió de Cuba, gracias al embajador de Brasil, que lo metió personalmente en un avión para Miami; sólo así pudo evitar que los agentes de Batista lo mataran. Así, Urrutia, el primer Presidente de Cuba después del triunfo de Castro, se había alojado conmigo unos días, mediante ese muchacho, antes del 59. Después yo arreglé un discurso para él, con intérprete, por supuesto, y Urrutia me dijo que cuando fuera presidente de Cuba me invitaría al Palacio para que conociera a Castro, porque él fue el Juez que lo liberó. Más tarde yo le pasé la factura y él me lo presentó en marzo de 1959, y Castro me invitó a la tribuna donde iba a dar su discurso, pero duró más de seis horas y me aburrí enormemente, ya que era más interesante circular entre la muchedumbre y observar a la gente, desde el punto de vista sociológico, que escuchar su discurso. Solo recuerdo del discurso que La Habana era un pulpo que estrangulaba y chupaba la sangre de las provincias, y él iba a equilibrar eso, y lo hizo, Eso fue en marzo del 59, y vino a

casa a visitarme en Princeton, en abril del mismo año. Cuando yo lo visité con anterioridad en el Palacio, en La Habana, le regalé un retrato al óleo de Cristo, que se parecía a él. Era un cuadro de un pintor norteamericano, y lo compré especialmente para Fidel, en New Brunswick, pues aunque era Jesús Cristo, se parecía mucho a Castro, tenía una gran semejanza con él. Creo que me costó como 25 dólares. Y cuando se lo obsequié él me dijo que lo iba a colocar en un lugar de honor, recuerdo muy bien esa frase. Fue algo simbólico de mi parte. Después, cuando Castro me visitó en Princeton, el pintor fue a saludarlo a la mañana siguiente, con permiso de la policía y todo, pues quería fotografiarse con la familia junto a Fidel. Después la historia del óleo se transformó, pues comenzó a decirse que el pintor había hecho el cuadro para Castro, en su honor, de una foto de él. Lo cierto es que el pintor logró una gran publicidad por este hecho, y sobre todo mucha clientela. Fue un regalo simbólico, muy apropiado, pues era un Cristo con las espinas clavadas y la cara agonizante por el martirio. Bueno, esperamos que Castro no termine como Jesús Cristo. Esa fue la primera llave de mi entrada a América Latina. Después el libro fue publicado en una editorial de mucho prestigio, como lo es la Sudamericana, donde publicaba gente de la altura de Salvador de Madariaga, Julio Cortázar, y Arciniegas, entre otros, quienes consideraron la edición de la obra como un reto, pues era la oportunidad de mostrar lo que podían hacer desde el punto de vista tecnológico, con las ilustraciones y todo eso. Bueno, esas fueron las dos llaves. Primero, que “el gringo”, es decir, yo, no podía ser tan malo si había sido anfitrión de Castro, si él se había confiado en dormir en mi casa; segundo, el libro mostró cierto nivel de respetabilidad académica. Todo esto ha facilitado muchas cosas para mí en América Latina.

- *Desde la década de los sesenta para acá, es decir, después de la publicación de esta obra, ¿qué otro tipo de trabajo usted considera que ha sido publicado sobre economía de plantación que pueda considerarse clave, en cuanto a aportación se refiere?*

Confieso que nada. Triste, ¿no?